

12/09/18

JESUS; EL PROFETA PROMETIDO Deuteronomio 18:15-18

Desde la última semana de Noviembre y estas de Diciembre, estamos viendo el anunciamiento de la venida del Salvador en el Antiguo Testamento. Vimos que todo comenzó en el Libro de Génesis. Aquí vimos el anunciamiento del Mesías Salvador justamente cuando el pecado entró en el mundo (Gn. 3:14-15). Esta palabra tendría cumplimiento en la Persona de nuestro Señor Jesucristo cuando derrotó al diablo en la Cruz del Calvario.

Después lo vimos cuando Jacob habla a sus hijos y se dirige a Judá (Gn. 49:8-12). A él le habla de que será digno de ser alabado, que se inclinarán delante de Él, que será líder, guía y protección para el pueblo, que vencerá a sus enemigos y que será el único digno de ocupar el trono permanentemente; le dice también que en torno a él se congregarán las naciones y que en él habrá abundancia, prosperidad. Esta palabra también tiene cumplimiento en la Persona de nuestro Señor Jesucristo. Jacob le llama a su hijo Judá “cachorro de león”, pero la Biblia llama al Señor Jesús “el León de la tribu de Judá”, el vencedor (Ap. 5:5).

Estos dos anunciamentos lo vemos en el primer Libro de la Biblia, el Libro de Génesis o comienzos. Lo cual nos enseña que, desde el comienzo de la historia, se anunció la llegada del Salvador.

Ahora lo vemos en el quinto Libro de la Biblia; el Libro de Deuteronomio, palabra que significa “segunda Ley”. El Libro es como un recordatorio o una reconfirmación de la forma en que Dios espera que camine su pueblo. Aquí, Dios nuevamente anuncia la llegada de un profeta como Moisés, pero que será como Dios.

“Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como Yo, te levantará Jehová tu Dios; a él oiréis” (v.15).

Esta promesa de Dios viene justamente cuando acaba Él mismo de amonestar o advertir a su pueblo acerca de adoptar las costumbres de los pueblos paganos idólatras. Dios dice que su pueblo no tiene necesidad de consultar con los que el día de hoy llamaríamos chamanes, brujos, psíquicos, parapsicólogos, espiritistas, hechiceros, lectores de los astros, de las cartas, del café, de las manos y cosas así. Son los charlatanes que

salen cada noche en los diferentes canales de televisión y que llenan las páginas de los periódicos con sus anuncios. Dios prohibió estas prácticas. Por el contrario, Dios llama a consultarle a Él. Dios dijo a través del Profeta Isaías: “Y si os dijeren: Preguntad a los encantadores y a los adivinos, que susurran hablando, responded: ¿No consultará el pueblo a su Dios? ¿Consultará a los muertos por los vivos?” (Is. 8:19). Entre Moisés e Isaías hay muchos años de diferencia y si lo vuelve a decir es porque el pueblo sigue practicando tan abominable costumbre. Pero aun después del tiempo de Isaías se siguen realizando estas prácticas. Dios tiene que poner orden y tiene preparado el plan perfecto; plan que diseñó desde la eternidad pasada.

Dios ha puesto a Moisés para guiar al pueblo y ha levantado a Aarón y su familia como sacerdotes de Israel. Pero ni Moisés como profeta, ni Aarón como sacerdote podrán estar toda la vida guiando al pueblo de Dios. Entonces Dios levanta más profetas a lo largo de la historia. El profeta es el portavoz de Dios, es el que da las instrucciones de Dios para su pueblo; el que revela a Dios ante su pueblo.

Dios envió a muchos profetas a lo largo de la historia para guiar a su pueblo, pero a quien Él se está refiriendo aquí es a alguien muy particular, no es *un* profeta común, es alguien sumamente extraordinario; es *el* profeta, tan extraordinario, que será *tal como* Dios (así se debe traducir la palabra). Desde entonces, la nación de Israel había esperado con mucha ansiedad la llegada del profeta prometido por Dios a Moisés.

“conforme a todo lo que pediste a Jehová tu Dios en Horeb el día de la asamblea, diciendo: No vuelva yo a oír la voz de Jehová mi Dios, ni vea yo más este gran fuego, para que no muera. Y Jehová me dijo: Han hablado bien en lo que han dicho” (vv.16-17).

¿Cuándo ocurrió esto que dice Dios aquí? Ocurrió después de que Dios se manifestó a Moisés para darle los Mandamiento de la Ley de Dios (Dt. 5). Entonces el pueblo de Dios reconoció el ministerio de Moisés porque estuvo con Dios y no murió, sino que habló con Él. Ahora ellos saben que pueden confiar en que las palabras de Moisés son en realidad Palabra de Dios y pidieron que así fuera y, a cambio, ellos se comprometieron a escuchar y obedecer. Ellos podrían esperar que Dios les hablara por medio de Moisés y, por el contexto del capítulo, por medio de algún profeta que Dios levantara.

El capítulo final del Libro de Deuteronomio termina así: “Y nunca más se levantó profeta en Israel como Moisés, a quien haya conocido Jehová cara a cara; nadie como él en todas las señales y prodigios que Jehová le envió a hacer en tierra de Egipto, a Faraón y a todos sus siervos y a toda su tierra, y en el gran poder y en los hechos grandiosos y terribles que Moisés hizo a la vista de todo Israel” (Dt. 34:10-12). El que está escribiendo esto muy probablemente sea Josué. Esto quiere decir que tuvo razón en lo que dice hasta donde él vivió. Todavía faltaban por llegar nuevos y muy reconocidos profetas como Elías, Eliseo y todos los que son mencionados en la Biblia. Pero aun así, todavía no llegaba el mayor de todos ellos. Todavía faltaba por llegar Juan el Bautista a quien el Señor Jesús describe como el mayor de los profetas (Lc. 7:28); pero aun así, Juan no era la persona de quien se refería Moisés. Todos ellos fueron grandes profetas, siervos santos usados grandemente por Dios y, sin embargo, eran, sin menospreciarlos, *unos* profetas; todavía faltaba el profeta por llegar.

*“Profeta les levantaré de en medio de sus hermanos, **como tú**; y pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le mandare” (v.18).*

Ya he dicho acerca de la función del profeta de Dios y he hablado acerca de que muchos profetas más, verdaderos siervos de Dios, se levantaron después de Moisés hasta Juan el Bautista. Así que me gustaría entrar a la identificación del Profeta al que se refería Moisés, usando la Palabra de Dios como fundamento. De hecho, hablando de Juan el Bautista, cuando a él le preguntaron si él era Elías o el profeta (Jn. 1:21), se estaban refiriendo al profeta anunciado por Moisés. La respuesta de Juan fue, “no”. ¿Entonces quién?

Como dije, el Profeta que habría de venir sería alguien súper especial, súper extraordinario, mucho más de lo que los fueron los otros grandes siervos de Dios. Este sería el Profeta entre los profetas, o el Profeta de los profetas. ¿Qué tendría de especial este Profeta que no tenían los demás profetas? Aquí mismo nos los dice el Señor. El Profeta que habría de venir sería tal como Dios y sería tal como Moisés (vv.15,18). Está hablando de alguien que tendría una naturaleza Divina y una naturaleza humana; es decir, sería un ser humano y al mismo tiempo sería Dios mismo. El Profeta Isaías también da cuenta de esta doble naturaleza del Mesías cuando dice: “Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado...” (Is. 9:6a). En cuanto niño, nos habla de su naturaleza humana; en cuanto hijo, nos habla de su naturaleza Divina. Este mismo versículo de Isaías dice que ese niño, que ese hijo, sería Dios.

En el Nuevo testamento nos encontramos al Apóstol San Juan también hablándonos de esta doble naturaleza cuando dice: *“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios” (Jn. 1:1)*. Pero después dice que ese mismo Verbo se encarnó, es decir, se hizo humano (*Jn. 1:14*). Así que, este niño, este Hijo, este Verbo, es el Profeta prometido por Dios a Moisés y al pueblo. Este, en quien se cumple la Palabra de Dios, es Jesucristo el Señor. Pablo dice estas hermosas palabras: *“Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a Sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a Sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un Nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Flp. 2:5-11)*. Él es 100% humano y 100% Divino. Jesús es el Señor, el Único con los tres grandes oficios de ser Rey, Sacerdote y Profeta. Nadie más que Él tiene estas cualidades.

El Señor Jesús fue reconocido como aquel Profeta de quien hablaba el Señor. Cuando el Señor realizó la alimentación de los 5,000, aquella gente exclamó: *“...Este verdaderamente es el profeta que habría de venir al mundo” (Jn. 6:14)*. Muchos dieron testimonio de que aquel Jesús era el cumplimiento de la palabra profética dada a Moisés (*Jn. 7:40*). Felipe también se lo dijo así a Natanael (*Jn. 1:45*). El Apóstol Pedro y Esteban confirman que el Profeta aquel anunciado en tiempos de Moisés es el Señor Jesucristo (*Hch. 3:22,23; 7:37*).

¿Quiere más evidencias Bíblicas? El profeta revela la voluntad de Dios para el pueblo, pero el Señor Jesús hizo más que eso; no solo reveló la voluntad de Dios, sino que Él es el cumplimiento de la voluntad de Dios, pero además, no solo revela la voluntad del Padre; el Señor Jesús reveló al Padre (*Jn. 1:18*).

Aún más: Dios le dijo a Moisés que a Él, es decir, al Profeta que viene, deben de escuchar porque, de no ser así, Dios los llamará a rendir cuentas (*Dt. 18:19*). El Padre dijo respecto a su Hijo en el monte de la Transfiguración: *“...Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a Él oíd (Mt. 17:5b)*.

Podría decir mucho más acerca del cumplimiento profético de Dios en la Persona de su Hijo, nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Pero creo que tenemos bien clara la idea como para concluir ahora, porque estamos tratando el tema del verdadero sentido de la Navidad.

Entonces, cuando pensamos en la Navidad, tenemos que pensar en la grandeza y en la majestuosidad de quien celebramos. Esto va mucho más allá de solamente la imagen tierna y linda de un niño acostado en un pesebre con pastores, reyes magos, ovejas y otra clase de animalitos a su alrededor. Cuando pensamos en la Navidad pensamos en Jesucristo el Señor, pensamos en el amor del Padre al enviar a su Único Hijo para que todo aquel que en Él cree no se pierda mas tenga vida eterna (*Jn. 3:16*).

Tenemos que pensar en lo afortunados que somos, o mejor dicho, en lo grandemente bendecidos que somos porque Cristo nació y con Él, la esperanza de un futuro mejor, un futuro eterno al lado de Dios. Entonces, tenemos que pensar en la adoración nuestra que Él merece por tan grande regalo. El mejor regalo que podemos hacerle es darle lo mejor de nuestras vidas.

¿Qué importa si el señor no nació un 25 de Diciembre? Importa que nació y nosotros queremos celebrarlo. ¿Qué importa si el Imperio Romano celebraba en esa fecha una fiesta pagana? Nosotros no celebramos a Roma; celebramos a Jesús. Celebramos su Señorío, su grandeza, su majestuosidad, su poder, su autoridad, su reinado. Celebramos que Dios cumple su Palabra al pie de la letra. Los cristianos celebramos el gran amor de Dios que nos ha permitido llamarle Padre y nos ha regalado la oportunidad de estar con Él por toda la eternidad viviendo vidas completamente felices, sin enfermedad, sin miseria, sin maldad, sin pecado. Celebramos que todo esto fue posible porque Cristo nació.

Celebramos que ahora nosotros podemos llevar las Buenas Nuevas de Salvación a un mundo perdido si fe, sin esperanza y sin Cristo. Podemos ser instrumentos en las manos de Dios para llevar gozo, esperanza, alegría y paz porque Cristo nació. Amén... Vamos a orar...